

manera que aquella honra no se hace tanto á ellos, cuanto á la persona de sus señores: así como el desacato que se cometiese contra ellos, se tendría por descomedimiento contra quien los envía. Y así cuando reverenciamos y adoramos la Cruz, y le atribuimos la redención del mundo, no pára nuestra adoración en aquel madero, sino en el Señor que lo tomó por instrumento para obrar nuestro remedio. Porque común cosa es atribuir al instrumento el efecto de la causa principal; de la manera que solemos decir: Esta es la espada que ganó á Sevilla. Y si Dios en aquel tiempo mandó al pueblo de los judíos que no pintasen alguna imagen, fué porque entónces todo el universo mundo adoraba las estatuas y imágenes de los demonios, y aquel pueblo era inclinadísimo á la idolatría: como lo representa Hieremías, comparándolo al ardor con que el asno salvaje busca la hembra en tiempo de los celos (m). De donde procedió que hasta el tiempo del rey Ezequías adoraban la serpiente de metal que Moisés había fundido en el desierto (n). Pues por esta causa aquel sapientísimo legislador (que tan bien tenía tomados los pulsos á la condición deste pueblo) les quitó esta ocasión de idolatrar pintando imágenes ó estatuas: Mas agora que estamos tan lejos desta ocasión, ¿qué peligro hay en pintar estas imágenes?

Pues por lo dicho veréis como los maestros de los hebreos para confirmar el miserable pueblo en su engaño, infaman nuestra religión, y nos levantan estos y otros falsos testimonios, diciendo que idolatramos reverenciando las imágenes, estando tan lejos deso, que ántes moriríamos mil muertes, que cometer tal pecado. Y por tanto los que desean hallar la verdad, y se precian de juicio y entendimiento de hombres, no se habian de mover á lumbre de pajas, ni creer temeraria y livianamente, ni dar oídos á los falsos testimonios que nuestros adversarios nos levantan; sino informarse de los maestros de nuestra religión, y pedirles la declaración de las cosas que profesamos.

C. Agora, Maestro, quedo quieto, alegre, esforzado y consolado con el conocimiento tan claro destas verdades, de las cuales pende toda mi bienaventuranza y salvación. Porque aunque por la lumbre de la fe estaba firme y certificado en el conocimiento dellas, mas agora con la declaración destes misterios de nuevo se ha alegrado y esforzado mi corazón. Por lo cual doy muchas gracias al padre de las lumbres, pues él por el ministerio de vuestra doctrina ha alumbrado y quietado mi espíritu. Mas con todo lo dicho me queda otra cosa por preguntar: la cual quedará para otra vez que nos veamos.

DIALOGO XI.

En el cual se trata de los dos estados de la Iglesia cristiana: que es, del que tuvo en sus principios, y del que agora tiene en el tiempo presente.

CATECÚMENO.

Otras dos cosas de mucha importancia me quedan, Maestro, por preguntar. Bien sabeis que todas las profecías denuncian que después de la venida del Salvador había de florecer en el mundo la sanctidad y justicia, y que se levantarían en él hombres tan sanctos y religiosos, que como profetizó Esaías (a) todos los que los viesen los conocerían por tales, y por ellos glorificarían á

(m) Hierem. 2. (n) Num. 21. 4. Reg. 18. (a) Esaí. 61.

Dios. Esta tan grande sanctidad no la vemos agora en muy gran parte de la cristiandad; por lo cual deseo saber cómo se verifica el cumplimiento destas profecías. También deseo preguntaros otra cosa acerca del número de los fieles; porque miradas estas escrituras de los profetas, parece que mas extendido había de estar por el mundo el reino de Cristo de lo que al presente está. A estas dos cosas querria que me satisficierdes.

Maestro. La respuesta de la primera desas dos preguntas podríades haber notado entre las hazañas que había de obrar el Salvador cuando viniese al mundo: en una de las cuales tratamos de la sanctidad que floreció en aquellos felicísimos tiempos de la primitiva Iglesia, de que están llenas las historias de gravísimos autores. Porque (comenzando de Hierusalem) de la sanctidad que hubo en ella escribe Sant Lúcas, diciendo (b) que todos los fieles tenían un corazón y un ánima en el Señor, y que vendidas todas sus haciendas, ponían el precio dellas á los pies de los Apóstoles, para que ellos lo repartiessen por los pobres. Y de los mismos dice Sant Pablo (c), que con grande alegría sufrían ser robados y maltratados por la confesión de la fe. Y de los fieles que habían creído de la circuncisión, y moraban junto á Alejandría, escribe cosas maravillosas Filon, nobilísimo escritor entre los judíos. Y de los otros fieles que estaban derramados por toda la tierra de Egipto, hace memoria Sant Basilio y Sant Augustin (d), hablando con los maniqueos, y trayéndolos por testigos de aquella verdad, como de cosa tan notoria, que los mismos herejes no podían negar. Y la manera de vida que estos sanctos monjes tenían describe muy particularmente Sant Hierónimo en la epístola á la virgen Eustoquio (e); y no menos elegantemente trata della Sant Crisóstomo en muchos lugares de sus Homelías (f). Mas de la vida de los sanctos que hubo en Grecia, escribe Teodoro en la Historia religiosa; el cual fué quinientos y cincuenta años después del nacimiento de nuestro Salvador. Donde dice que en aquel tiempo había muchos monasterios de vírgines que moraban juntas de docientas en docientas, y á veces mas, y á veces ménos; las cuales tenían por cama unas esteras, y su oficio era ocupar siempre las manos en la lana, y las lenguas en las alabanzas divinas. Y estos monasterios dice que había no solo en Grecia, sino también por todo el Oriente; y que dellos estaba llena Palestina, Egipto, Asia, Ponto y Siria, Cilicia y Mesopotamia, y toda Europa. Tampoco Italia (que cae en la Europa) careció de muchos sanctos varones, cuyas vidas escribe Sant Gregorio (que fué después de Teodoro) en los cuatro libros de sus Diálogos. En lo cual se ve cuánto haya florecido la sanctidad en aquellos dichosos tiempos. Y no ménos se entiende esto por la infinidad de mártires sanctísimos, que en todas las partes del mundo fueron martirizados por la confesión de la fe. Y (lo que es mas admirable) cuasi todos estos sanctos eran de linaje de gentiles y idólatras: donde vemos cumplidas las profecías de Esaías (g), en las cuales dice que en la venida del Mesías los lobos se juntarían con los corderos, y los árboles estériles y silvestres se mudarían en fructuosos, y los páramos y desiertos en tierras de labor, y los sequedales en ríos y fuentes de

(b) Act. 4. (c) Hebr. 10. (d) August. de Moribus Ecclesie, cont. Manich. lib. 1. cap. 31. tom. 1. (e) De Custodia Virginitatis. (f) Chrysos. ad Pop. Homil. 56. 57. 58. tom. 5. et sapissime alibi. (g) Esaí. 11. 65.

agua; significando por estas semejanzas esta mudanza de vida, donde los hombres, fieros y semejantes en sus costumbres á los demonios, vendrían á hacer vida de ángeles.

Después destes (no desamparando el Salvador su Iglesia) sucedieron las órdenes de los agustinos, cartujos, benitos, bernardos, dominicos, y franciscos y otros tales; en cuyas corónicas hallamos escritas vidas de varones religiosísimos y sanctísimos, que señaladamente florecieron en el principio y fundación destas órdenes. Y no faltan agora en la cristiandad en todo género de estados, así de legos como de sacerdotes, personas de tanta virtud y religion que nos dan motivos con la pureza de su vida para glorificar á Dios, como Esaías dice (h). Y no haber agora tanta sanctidad como al principio hubo, es condición de las cosas humanas, que nunca permanecen en un mismo sér. Lo cual vimos también en los hijos de Israel, de quien se escribe que entrados en la tierra de promisión (i) perseveraron fielmente en servicio y conocimiento de Dios mientras estaba fresca la memoria de las maravillas que en aquella jornada y conquista había obrado por ellos. Mas luego que esta se perdió, comenzaron á descaer desta pureza de vida, y se fueron á adorar los ídolos.

Y cuanto á la profecía que alegais de Esaías, que trata de la sanctidad de los fieles, respódoos que esa profecía y otras semejantes, no se han de entender generalmente de todo el número de los fieles (porque nunca en el mundo han de faltar pecados y pecadores) sino solamente de aquellos que se quisieren aprovechar de la doctrina, y remedios, y sacramentos que Cristo trajo al mundo para obrar con ellos nuestra sanctificación, y no de aquellos que por pereza y culpa suya no quieren aprovecharse dellos. Esta inteligencia es conforme al estilo y lenguaje de los profetas. Los cuales (como ya otra vez platicamos) en un mismo capítulo proponen generalmente grandes favores, y juntamente con esto grandes amenazas, como parece en el capítulo LXIII de Esaías, y en muchos otros. Mas aunque estas cosas propongan generalmente, hablando con todos, entendemos que los favores hablan con los buenos, mas las amenazas, con los incrédulos y malos. Pues desta manera cuando el profeta dice que los fieles en el tiempo del Mesías serán tales que cuantos los vieren luego los conocerán, y tomarán de su vida motivos para glorificar á Dios, entiéndese de los que se aplicaren á querer aprovecharse de los remedios que él trajo al mundo, y no de los que se echaren á dormir, y entregaren á los vicios. Y que esto se haya de entender así, pruébase por el común estilo de filosofar que la naturaleza enseñó á los hombres, los cuales proceden por las cosas claras á las oscuras, y por las ciertas á las inciertas. Y pues dejamos atrás probado por evidéntimas profecías y señales que el Salvador era ya venido, habemos de interpretar esta profecía de tal manera que no nos obligue á negar todo lo que tenemos ya claramente probado y averiguado, declarándola en el sentido que está dicho; y desta manera queda salva y entera la verdad de todas las profecías.

C. No sé qué pueda oponer á esa respuesta tan conforme al lenguaje de las sanctas Escrituras, y tan conforme á razon. Porque disparate es pensar que todos

(h) Esaí. 65. (i) Judic. 2.

cuantos recibieren al Mesías han de ser sanctos y consumados en toda virtud. Porque esa es preeminencia de la vida eterna que esperamos; mas en esta donde estamos cercados de carne y de sangre, y donde somos amados y concebidos en pecado, aunque haya por virtud de la gracia de Cristo muchos buenos, mas por razón de la naturaleza corrupta no han de faltar malos, pues no faltaron en el cielo, ni en el paraíso, ni en la escuela del Salvador. Mas ya que tan bien habeis satisfecho á la primera de mis preguntas, resta que me respondais á la segunda: que es haberse diminuido tanto la fe y el número de los cristianos.

§. I.

Respóndese á la pregunta con ejemplos de la Escritura sagrada.

MAESTRO.

Para responder á esa pregunta era necesario un largo tratado en que declarásemos el espantoso aborrecimiento que Dios tiene á los pecados, y la severidad con que los castiga; para que no extrañeis, habiendo tantos pecados haber permitido aquel rectísimo Juez que se disminuyese tanto el número de los cristianos. Mas porque esto sería cosa infinita, solamente os referiré una de las historias sagradas, por la cual veréis ser los pecados la causa desta diminución. Para lo cual debeis traer á la memoria aquella tan magnífica promesa que hizo Dios al patriarca Abraham cuando le quiso sacrificar su hijo Isaac, diciendo (k): Por mí mismo he jurado (dice el Señor) que por cuanto no perdonaste á tu hijo unigénito por amor de mí, por ese hijo te daré tantos hijos como las estrellas del cielo. Esta misma promesa confirmó Dios (l) sacando este patriarca al campo, y allí le prometió que multiplicaría sus hijos en tanto número como el polvo de la tierra. La cual promesa comenzó él á cumplir en el cautiverio de Egipto; porque entrando en él solos setenta nietos y bisnietos deste patriarca (m), fueron de tal manera multiplicados en espacio de cuatrocientos años, que sin embargo de mandar Faraon echar los hijos varones de los hebreos en el río, salieron de Egipto (n) seiscientos mil hombres de pelea, sin las mujeres y niños, que serían mas. Y á este paso fueron de tal manera creciendo, que en tiempo de David y de Salomon, como dice la Escritura (o), era tan grande el número deste pueblo como las arenas de la mar; tanto que en solo el tribu de Judá se hallaron por cuenta quinientos mil hombres de pelea. Veis pues aquí cumplida enteramente la palabra y promesa de Dios. Mas ¿qué siguió después? Multiplicáronse los pecados del pueblo en tanto grado, que después de haberlos Dios sufrido muchos años, y enviado muchos profetas y castigos para reducirlos á su servicio, sin aprovechar nada, finalmente desamparó los diez tribus (p) que se habían apartado de la casa de David, y entrególos al rey de los asirios; el cual los esparció por todas sus tierras en perpetua subjección y vasallaje. Quedaba el tribu de Judá, donde estaba la ciudad de Hierusalem, y aquel magníficísimo templo de Salomon; el cual tribu debiera escarmentar en cabeza ajena; mas no lo hizo, sino siguiendo los mismos pecados de los otros diez tribus, pasaron por la pena dellos, como el mismo Señor les había amenazado por Ezequiel, diciendo (q): Anduviste por el camino de tu hermana (que era la gente de

(k) Gen. 22. (l) Gen. 15. (m) Exod. 1. (n) Ibid. 12. (o) 2. Reg. 24. 5. Reg. 4. (p) 4. Reg. 17. (q) Ezech. 25.

los diez tribus), yo te daré á beber el cáliz que dí á ella; y así se cumplió esto viniendo Nabucodonosor y poniendo cerco sobre la ciudad de Hierusalem, donde el pueblo padeció tan gran hambre, que las madres llegaron á comer las carnes de sus hijos; como lo encarece Hieremías en sus lamentaciones, diciendo (r): Las manos de las mujeres misericordiosas cocieron sus hijos, y se mantuvieron dellos en la destruición de mi pueblo. Finalmente aquella noble ciudad de Hierusalem fué arrasada (s), y aquel magnificentísimo templo, celebrado y afamado por todo el mundo (en cuya fábrica traía Salomon (t) mas de ciento y cincuenta mil hombres) fué asolado y abrasado, junto con el tabernáculo y arca del Testamento, y todas las otras cosas que por la traza y orden de Dios habian sido fabricadas; sin quedar á Dios altar ni templo en todo aquel reino, ni pueblo por quien fuese honrado, porque quasi todo él fué llevado, junto con su rey, captivo á Babilonia; y aquel tan grande pueblo vino á tanta disminucion, que cumplidos setenta años de captiverio, cuando Ciro, rey de los persas, libertó al pueblo para que volviese á poblar á Hierusalem, y reedificar el templo, no volvieron mas que cuarenta y tantos mil hombres: como se escribe en el libro de Esdras (v). Lo cual todo les habia profetizado Moisen; porque habiendo dicho á los hijos de Israel: No puedo yo solo sostener la carga de tan grande pueblo (x), porque Dios os ha multiplicado como las estrellas del cielo, díjoles despues: Si no guardáredes los mandamientos de vuestro Dios, enviará contra vosotros todas las plagas de Egipto hasta destruiros (y); y vendréis á ser muy pocos en número los que ántes érades como las estrellas del cielo. Así lo profetizó, y así se cumplió en este captiverio de Babilonia, y así lo confesaron aquellos tres santos mozos que el rey de Babilonia mandó echar en aquel grande horno de fuego, porque no quisieron adorar su estatua; los cuales estando en medio de las llamas sin quemarse, hacian oracion á Dios, pidiendo la liberacion de su pueblo (z): alegando aquel solemne juramento y promesa que habia hecho á sus padres de multiplicar sus hijos como las estrellas del cielo. Porque, Señor (decian ellos), habemos venido en mayor disminucion que todas las naciones del mundo, y estamos hoy los hombres mas abatidos que hay en la tierra por nuestros pecados. Y ni hay en este tiempo príncipe, ni profeta, ni sacrificio, ni lugar sagrado donde podamos ofrecer nuestras ofrendas; sino en espíritu de humildad y en ánima contrita, seamos Señor recibidos de vos piadosamente. Veis aquí claro á cuánta disminucion trajeron los pecados á este tan grande pueblo; y (lo que mas es) no teniendo Dios en aquel reino mas que un templo y un altar donde era venerado, no hizo caso de quedar sin este lugar cuando se atravesaron de por medio los pecados. Lo cual encarece en sus lamentaciones Hieremías, diciendo (a): Desechó el Señor su altar, y maldijo el lugar de su santificación. Porque como no escogió la gente por honra del lugar, sino ántes el lugar por amor de la gente, por eso destruyó el lugar, cuando la gente no se aprovechaba dél.

(r) Thren. 2. et 4. (s) 5. Reg. 25. (t) 5. Reg. 5. (v) 4. Esdr. 2. (z) Deut. 4. (y) Ibid. 28. (z) Dan. 5. (a) Thren. 2.

§. II.

Prosigue la misma materia; y causa de estar la cristiandad tan disminuida.

CATECÚMENO.

Muy bien tengo entendida esa historia. Mas ¿de qué sirve eso para la pregunta que yo os hice de ser tan pequeño el número de los cristianos, siendo tan copiosa la redempcion de Cristo, y tan magnificas las promesas que fuéron hechas al mundo en su venida?

Maestro. Esta historia responde á vuestra pregunta. Porque como Dios sea agora el mismo que era en aquel tiempo (pues en él no hay ni puede haber alteracion ni mudanza), hanos agora castigado con semejante castigo. Porque así como antiguamente prometió á aquellos santos patriarcas la multiplicacion innumerable de sus hijos, y finalmente andando el tiempo la cumplió, mas despues de cumplida esta promesa, cuando se multiplicaron los pecados, vino el pueblo en tan gran disminucion como habeis oido: así tambien prometió el Señor por boca de sus profetas la dilatacion del reino de Cristo en todas las partes del mundo, y así lo cumplió; porque aun en tiempo de los apóstoles habia corrido la predicacion y fe del Evangelio por todo el mundo (como lo afirma Sant Pablo diciendo (b) que se habia predicado el Evangelio á todas las criaturas que habia debajo del cielo, y que en todas ellas habia fructificado), y esto es de lo que el profeta Esaías se maravilla cuando dice (c): En los fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo; que es Cristo, el cual por excelencia se llama Justo. Y maravíllase aquí el profeta de ver con cuánta lijereza, y en cuán breve espacio habia corrido la predicacion del Evangelio y gloria de Cristo hasta el cabo del mundo. Y la misma admiracion mostró cuando dijo (d): ¿Quién son estos que vuelan como nubes? Y llaman nubes á los predicadores del Evangelio, los cuales á manera de nubes corrian por toda la tierra, regándola con agua del cielo para que diese frutos de vida eterna. Y despues de los apóstoles, cuanto mas crecian las persecuciones de los tiranos, tanto crecia cada dia el número de los fieles. Porque así como dice la Escritura que cuanto mas los egipcios perseguian á los hijos de Israel (e), tanto mas Dios los multiplicaba: así tambien con las persecuciones de los tiranos se multiplicaba el número de los fieles, que por toda la tierra se dilataban. Mas despues de doscientos y tantos años, cuando muertos los tiranos sucedieron los emperadores cristianos (como fuéron Constantino y los Teodosios y otros semejantes) se extendió mas el Evangelio por todas las naciones del mundo, hasta que del todo fuéron asolados y puestos por tierra los templos y altares del demonio, y los ídolos abrasados, y hechos rajados, y desterrados del mundo. Donde se cumplió lo que prometió Dios por Zacarías, diciendo (f): Desterraré los nombres de los ídolos de la tierra, y no habrá mas memoria dellos. La cual victoria para solo el Mesias se guardaba.

Mas despues que la Iglesia extendió sus ramos por todo el mundo; despues que juntamente con el número de los fieles crecieron las riquezas, y la prosperidad temporal, y los favores de los emperadores, juntamente creció el fausto, la cobdicia y el regalo del cuerpo, la ambicion, y con ella sus hijas legítimas, que son compe-

(b) Colos. 1. (c) Esaf. 24. (d) Esaf. 60. (e) Exod. 1. (f) Zach. 15.

tencias, odios, y envidias, y otras malas mañas. Y así se cumplió en nosotros lo mismo que Moisen profetizó del pueblo de los judíos, diciendo (g): Engrosóse el pueblo amado de Dios; y despues de engrosado, y enriquecido, y dilatado, desamparó á Dios su Hacedor, y apartóse de Dios, autor de su salud. Siempre parece que fué el mundo de una manera; y así concurriendo en él las mismas causas, communmente se siguen los mismos efectos, si no acude Dios con particulares privilegios de su gracia. Y así parece haber acaescido en este negocio, donde la prosperidad fué ocasion de nuestra caída, como lo ha sido quasi en todas las repúblicas del mundo. Pues multiplicándose con la prosperidad los pecados en tanta abundancia, como en las historias antiguas leemos, y como en nuestros miserables tiempos lloramos, ¿qué ha de hacer aquel rectísimo juez en semejante causa, sino dar la misma sentencia, permitiendo por justísimo juicio que pierdan la preciosísima joya de la fe los que la tuvieron ociosa? Esto nos testifican abiertamente todas las sanctas Escrituras. En el Apocalipsi (h) envía Dios á amenazar á ciertas iglesias que si no hicieren penitencia y se emendaren de los pecados de que él allí los avisa, que vendrá contra ellos, y moverá el candelero de su lugar; y mudar este candelero es privarlos de la candela y lumbré de la fe, y pasarla á otra parte: que es el mayor azote de cuantos Dios en esta vida puede dar; pues perdida la fe, se cierra la puerta de la salud. En el Evangelio dice el Señor (i) que al que tiene le dará mas; pero al que no tiene, eso que parece tener le quitará. Quiere decir, que al que usa bien y se aprovecha de los dones recibidos, acrécentárselos han; mas al que no tiene (que es á el que no se aprovecha de lo que le han dado) eso que parece tener le quitarán, que es la fe y la esperanza, que solas quedan en el ánima despues de perdida por el pecado la gracia. Y esto nos muestra á la clara aquel siervo perezoso (k) que tenia envuelta la moneda de su señor en un sudario sin granjear con ella; la cual mandó el Señor que le fuese quitada, y dada al que tenia diez monedas recibidas, y habia granjeado con ellas. Pues ¿qué moneda es esta con que se granjean y alcanzan bienes de gracia y gloria, sino la lumbré de la fe que para esto nos es dada; la cual se acrecienta al que se aprovecha della, y se quita al que no granjea con ella? Y esto mismo nos enseña el Apóstol, diciendo (l) que la ira de Dios se declara en el Evangelio contra la impiedad de los hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia. Quiere decir, que siendo la verdad de la fe un tan grande don de Dios, el cual nos enseña el camino real para la vida eterna, no querer hacer lo que ella nos enseña, es como tenerla presa y encarcelada, y como atada de piés y manos, para que no obre lo que ella (si no fuese impedida) podia obrar. Por lo cual merecen los malos ser privados deste precioso talento, pues no solo no sirve para su provecho, mas ántes les es materia de mayor condenacion; pues, como dice el Salvador (m), el siervo que sabe la voluntad de su Señor, y no la pone por obra, será mas gravemente castigado que el que no la sabe; y el castigo será quitarle la lumbré de que no quiso aprovecharse. Lo cual declara expresamente el mismo Apóstol, diciendo (n) que por cuanto los malos no amaron la verdad para ser salvos por ella, permitirá Dios que sean

(g) Deut. 32. (h) Apoc. 2. (i) Luc. 8. (k) Luc. 19. (l) Rom. 1. (m) Luc. 12. (n) 2. Thes. 2.

engañados con diversos errores, para que dejada la verdad de Dios, crean á la mentira del demonio.

Por lo dicho podréis haber entendido la causa de nuestra caída, y tambien de la vuestra: que no es otra sino pecados, y no haber aprovechado (como fuera razon) con el talento y lumbré de la fe, y de los favores y ayudas que con ella se dan para la guarda de los mandamientos divinos. Lo cual (demas de las autoridades susodichas) singularmente nos declara aquella parábola de la viña de Esaías (o): la cual viña dice Dios que plantó por su mano, y la cercó de su seto, y edificó en ella una torre y un lagar; y hechas estas diligencias esperó que diese su fruto; mas ella en lugar de uvas dió agracejos; esto es, que en lugar del fruto de las buenas obras, dió agracejos de malas. Por lo cual dice el Señor que destruirá la cerca de su viña, y que la desampará, y así será robada y hollada de todos; y que ni la mandará podar, ni cavar, y á las nubes del cielo mandará que no lluevan sobre ella (que es privarla del culto y beneficios de su gracia), y así se cubrirá toda de zarzas y espinas, que son vicios y pecados. El cumplimiento desta profecía vemos á la letra cumplido en la captividad de los diez tribus de Israel (p), los cuales Dios soltó de su mano, y entregó en poder del rey de los asirios; y así fuéron despojados de todos aquellos favores y socorros de gracia que tenian para guarda de los mandamientos divinos, que era el templo, los sacerdotes, los sacrificios, los profetas y la ley; y finalmente fuéron privados de todos los otros beneficios, que junto con la lumbré de la fe habian recibido.

§. III.

Cargo de los malos cristianos que no se aprovechan de la fe: que es causa de todas las herejías.

Pues preguntóos yo agora, ¿cuál os parece que des- todos dos pueblos ha recebido mayores beneficios y ayudas de Dios para bien vivir: el de los judíos antiguamente, ó agora el de los cristianos?

Catecúmeno. Eso sabréis vos, Maestro, mejor que yo.

M. No hay comparacion de lo uno á lo otro. Porque aquellos no tenian mas que las sombras, nosotros tenemos la luz; aquellos las figuras, nosotros la verdad; aquellos la ley, nosotros el Evangelio; aquellos la letra que mata, nosotros el espíritu que da vida; aquellos los sacrificios de los animales, nosotros el sacrificio del verdadero Cordero, que es Cristo, que cada dia se ofresce por nosotros en la Iglesia; aquellos no tenian mas que un solo sacramento, que era el de la circuncision, nosotros tenemos siete, que tienen y dan gracia al que está dispuesto para recibirla; y entre ellos aquel divinísimo sacramento del altar, que podemos recibir cuantas veces quisiéremos. Y sobre todo eso tenemos el inefable misterio de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios, por el cual entendemos la grandeza del amor que Dios tiene á la virtud, y el aborrescimiento al pecado; pues por esto bajó del cielo á la tierra vestido de carne humana, y murió en cruz. Pues ¿á qué no están obligados los cristianos habiendo sido prevenidos y ayudados con tan admirables favores y socorros para abrazar la virtud y aborrescer el pecado, aunque fuese padesciendo mil muertes?

Agora quiero que ponderéis mucho lo que diré. Si

(o) Esaf. 5. (p) 4. Reg. 17.

los diez tribus de vuestro pueblo (porque en estos pongos agora ejemplo) fueron desamparados de Dios (g), y desterrados de la tierra de los cananeos que él les había dado, y entregados en poder del rey de los asirios, y derramados por todo el mundo, y esto por no haber querido aprovecharse de la lumbré de la fe, y de la ley que habían recibido con los sacrificios y ceremonias della, ¿qué os parece que merecen muchos de los cristianos que habiendo recibido tanto mayores favores y ayudas para bien vivir que aquellos, viven como paganos, haciendo Dios á su vientre, y á su dinero, y á su honra vana, y á los deleites de su carne, trocando por un deleite de bestias lo que Dios compró con su sangre? ¿No os parece que los tales merecen ser despojados desos grandes beneficios de que no quisieron aprovecharse? Pues por esto os digo, hermano, que no solamente no me espanto de haber permitido aquel justísimo juez que tanta parte del pueblo cristiano perdiese la fe, mas antes le doy gracias por lo que queda sano, habiendo tanta rotura en las costumbres de muchos. Porque bien sabéis que Dios no se muda con los tiempos (pues mil años en su presencia son como el día de ayer, que ya no es); y pues él desta manera castigó aquel su pueblo escogido, descendiente de aquel tan grande amigo suyo Abraham; siendo tan flacos los socorros que en aquella ley se daban para la buena vida, ¿qué os parece hará el mismo juez con muchos de los cristianos que se derraman sin freno por todos los vicios, habiendo recibido tan grandes favores y socorros para vencerlos? mayormente siendo verdadera aquella sentencia del Salvador que dice (r): A quien dieron mucho, han de pedir cuenta de mucho.

C. Quedo, Maestro, tan convencido y como atado de pies y manos con esa razon, que ya no me espanto de la grandeza dese desamparo y castigo de Dios, con tantas herejías, y tanta diminucion del pueblo cristiano; sino de cómo no pasa el castigo adelante, estando tan insensible la mayor parte de los hombres, que ni sienten estos tan terribles castigos, ni se emiendan por ellos.

M. Veis pues aquí, hermano, clarísimamente probado cómo la causa de haber perdido tantas naciones el don de la fe, es no haber querido aprovecharse della. Dicen los doctores (s) que la sagrada teología es ciencia especulativa y práctica juntamente, porque nos enseña lo que habemos de creer, y lo que habemos de obrar. Pues esto mismo tiene el hábito de la fe, que estas mismas dos cosas nos enseña. Por donde si no obramos con ella, viene finalmente á perderse creyendo cosas contrarias á ella. El hierro, si no usais dél, poco á poco se cubre de orin, y se consume; y el caballo que se hizo para correr, si no corre, se manca, estando ocioso en la catheriza. Y así no es mucho permitir Dios que se pierda la fe si no usamos della para lo que nos fué dada: que es para regir y ordenar nuestra vida.

C. Está probado eso que habeis dicho, demas de la razon, con tan claros testimonios de la Escritura divina, que no es posible negarlo quien tuviere fe; pues tan claramente testifica el Espíritu Sancto que es castigo de pecados perderse la fe. Y no falta aquí tambien la razon, á lo ménos en algunos hombres que hay tan inclinados á vicios y deleites sensuales, y tan habituados á ellos, que les parece cosa imposible vivir sin ellos; porque la perversidad de sus malas inclinaciones

(g) 4. Reg. 17. (r) Luc. 12. (s) D. Thom. 1. p. q. 1. art. 4.

confirmada con la antigua costumbre del pecar, les hace creer esta mentira, y los tiene tan aherrojados y presos en estos vicios, que no hallan camino para salir dellos. Pues estos tales están muy aparejados para perder la fe. Porque como ella les echa acibar en estos sus deleites con el temor de la cuenta, y del juicio divino, y de las penas del infierno; si viniere algun hereje que negare la inmortalidad del ánima, ó la Providencia divina, están en peligro de abrazar esta falsedad, por quitar aquella espina de su corazon, y dormir mas á su placer en sus vicios. Desta manera abrazaron muchos hombres la doctrina del Epicuro que estas dos cosas negaba, siendo un hombre bruto que nunca aprendió filosofía. Y con todo esto tuvo tantos discípulos y seguidores desta falsedad, y fué en tanta manera estimado, que traian su figura esculpida en los anillos, y en los vasos de plata, y decian que este solo habia alcanzado el conocimiento de la verdad, y librado el género humano de vanos temores. La razon desta es la grande fuerza que tiene la afición para cegar la razon, por la grande amistad que hay entre la voluntad y el entendimiento. Por donde cuando la voluntad está grandemente aficionada á una cosa, de la cual le sería muy poco penoso carecer, luego el entendimiento por librar á su hermana de aquella pena, halla razones para aprobar y justificar lo que ella desea, aunque sea contrario á la fe: como lo muestran los ejemplos de esta miserable edad. Porque la misma ocasion tienen para vivir libremente y pecar los que creen que la fe sola sin obras basta para salvarnos, que los que niegan la Providencia divina, y la inmortalidad del ánima. Y por esto á los tales amanejó su lucero cuando se predicó esta blasfemia en el mundo, que la fe sola bastaba.

C. Tambien esa razon convence mi entendimiento como la pasada. Y así la una como la otra vienen á concluir que la muchedumbre de los pecados son causa de permitir Dios que se pierda la candela de la fe.

M. Pues eso creeréis mas de verdad si entendiéredes el espantoso aborrecimiento que tiene Dios á los pecados, y el rigor con que los castiga. Para lo cual si hubiera tiempo os pudiera alegar á este propósito extraños ejemplos. Mas no podré dejar de referiros aquí un lugar del profeta Ezequiel, que deseó se escribiese en todas las plazas y cantones, para que viesen los hombres cuán peligroso negocio es desmandarse contra Dios. Denunciando pues este Señor á su pueblo por este profeta el castigo que les estaba aparejado por sus pecados, hablando con el mismo profeta, dice así (t): Tú, hijo del hombre, toma una navaja aguda, y rapa con ella los cabellos de tu cabeza, y de tu barba; y tomando una balanza pesarlos has, dividiéndolos en tres partes iguales. Y una destas partes quemarás con fuego en medio de la ciudad; y la otra cortarás con un cuchillo al derredor della; y la otra parte esparcirás en el aire, y desenvainarás una espada contra ellos; y de allí tomarás un pequeño número dellos, y atarlos has en un canto de tu vestidura, y de ahí tambien tomarás otros pocos, y echarlos has en medio del fuego; y de ahí saldrá fuego contra toda la casa de Israel. Esta es la parábola. Añade luego el mismo Señor la declaracion della, diciendo así: Esta es la ciudad de Hierusalem, la cual yo puse en medio de las gentes, y ella menospreció mis juicios y mandamientos, haciéndose peor que ellas. Por tanto

(t) Ezech. 5.

dice el Señor: Porque sobrepujastes en maldad á los gentiles que están al rededor de vosotros, yo haré juicios en presencia de esas mismas gentes, y haré por tus abominaciones lo que hasta aquí no hice, ni adelante haré. Por tanto los padres comerán á sus hijos en medio de tí, y los hijos comerán á sus padres; y haré en tí juicios, y derramaré lo que de tí restare por todos los vientos, y no te perdonaré. Vivo yo, dice el Señor, que por cuanto desacatastes mi sancto nombre con todas esas ofensas y abominaciones, yo tambien te quebrantaré, y no perdonaré, ni habré misericordia de tí. La tercera parte de tí morirá de peste, y será consumida con hambre; y la otra parte esparciré por los aires, y desenvainaré mi espada en pos dellos, y descargaré mi furor sobre tí, y descansará mi indignacion contra tí, y consolaréme he con tu castigo; y conocerse ha que yo ordené esto con mi celo, cuando descargaré toda mi indignacion contra tí. Y haré que seas una tierra desierta, y un oprobrio entre las gentes que están al derredor de tí, y en presencia de todos los que por tí pasaren. Y serás oprobrio, y blasfemia, y ejemplo, y materia de espanto entre las gentes que moran á par de tí, cuando ejecutare contra tí mis juicios con furor, y con indignacion y castigos de ira. Yo soy el Señor que así lo he determinado: cuya justicia se verá cuando enviare contra tí saetas pésimas de hambre, que serán mortales: las cuales enviaré para destruirte. Y junto con la hambre enviaré bestias fieras contra vosotros, que os maten; y pestilencia, y sangre, y cuchillo enviaré contra vosotros. Hasta aquí son palabras de Dios por Ezequiel: las cuales declaran el extraño odio y aborrecimiento que aquella infinita bondad tiene contra el malo, y contra su maldad.

C. Atónito quedo, Maestro, con esas tan terribles palabras y amenazas de Dios por ese profeta. ¿Qué es esto que oigo? ¿Tal es Dios! tal su ira! tal su furor! tal el rigor de su justicia! tales sus amenazas! tal el aborrecimiento que tiene contra el pecado! tal la venganza que toma dél! Pues ¿cuál será el hombre que teniendo fe no tiemble oyendo castigo tan nuevo, y tan nunca visto, que los padres coman á sus hijos, y los hijos á sus padres, con todo lo demas que en esa profecía se refiere?

§. IV.

Prosigue y concluye la misma materia.

MAESTRO.

Pues por aquí entenderéis con cuánta razon dijo el Apóstol (v) que era cosa terrible caer en las manos de Dios; y lo que testificó David cuando dijo (x): ¿Quién hay, Señor, que conozca el poder de vuestra ira, y que pueda medir y comprehender la grandeza della? Pues ¿qué diréis de aquel tan extraño azote, que fué haber permitido este Señor (y) que las vírgines de Sion fuesen deploradas por los enemigos, y que de los mozos usasen abominablemente? Porque esto pasa adelante de los males del cuerpo, y toca en el ánima; lo cual mas es castigo de juez y enemigo que de padre: como el mismo Señor lo testifica por el mismo Hieremías diciendo (z): Con azote de enemigo te herí, con castigo cruel. Pues habiendo permitido Dios tan grande mal en su pueblo, tambien permitió que se perdiese la fe en tantas partes del mundo por los mismos pecados.

(v) Heb. 10. (x) Psalm. 89. (y) Thren. 5. (z) Hierem. 50.

Catecismo. ¿Pues no sería razon que volviese Dios por su honra, y no permitiese que fuese tan pequeño el número de los que le creen y adoran con verdadera fe?

M. Ya os dije que si en el tiempo antiguo no tuvo este Señor por inconveniente quedar sin pueblo, y sin templo, y sin altar, y sin sacrificios, cuando hubo pecados, ¿qué mucho es venir la fe en tanta diminucion, multiplicándose tanto los pecados? Para lo cual fuera necesario recontar los pecados que reinan agora en el mundo. Mas porque esto sería proceso infinito, solamente os diré (y no sin gran dolor) parecerme que muy gran parte de los cristianos viven el día de hoy como si no lo fuesen, ni creyesen que hay Dios, ni juicio, ni paraíso, ni infierno, ni otra vida despues desta; sino que todo se acaba con ella. Porque es tanta la soltura de vicios, tantos los excesos en comer, en beber, en trajes, en juegos, en deshonestidades que cada día vemos y lloramos, como los pudiera haber en tierra de gentiles. Pues ya la ambicion, las delicias, los regalos del cuerpo, y la cobdicia armada de mil engaños, y injusticias, y opresiones de pobres (que ha de dar nutrimento á estos excesos y demasías), ¿quién la podrá explicar? Pues la providencia y juicio de Dios no duerme; mas ántes al paso que andan los males, andan los castigos. Ca todas las calamidades, así corporales como espirituales, que ha padescido la Iglesia dende que se fundó hasta agora, ¿de dónde procedieron, sino de pecados? Y dejados los tiempos antiguos, poned los ojos en los presentes, y veréis cuán azotado está el pueblo cristiano el día de hoy, parte con herejías, y parte con infortunios y calamidades diversas. Comenzad por Hungría, y pasad á Alemania, y de ahí bajad á Flándes, á Inglaterra, á Francia, y veréis los castigos que la indignacion divina ha ejecutado en todas estas naciones con herejías tan monstruosas. Ni Castilla, ni Portugal (aunque libres de herejías) han carecido de grandes azotes, con hambres, con pestilencias, con guerras, con naufragios, y muertes de personas insignes, que en nuestros tiempos habemos visto y padescido. Y porque no quedase Italia sin azote, envió este Señor una tan brava pestilencia y mortandad de muchas partes della, como sabéis. Pues ¿qué diré de los catarros que despues de todas estas calamidades sobrevinieron, y corrieron cuasi por toda Europa, con tan extraordinarios accidentes, y con tanta mortandad y estrago de tantas gentes, como habréis oído? En lo cual veréis ser Dios una rectitud invariable, que donde halla pecados, corta por todo cuanto se le pone delante, sin tener respecto á destruirse gentes, y reinos, y provincias; pues ni á todo el universo mundo perdonó en tiempo del Diluvio, cuando se multiplicaron los pecados. Por lo cual no os debeis espantar de ver diminuida la fe en el mundo, siendo tantos los pecados dél. Los cuales van en tanto crecimiento, que si no tuviéramos prendas seguras que las puertas del infierno no han de prevalescer contra la Iglesia, hubiera ocasion para temer que este fuego que ha abrasado tanta parte della, la acabara de consumir.

C. Bastantemente, Maestro, habeis satisfecho á mi pregunta, confirmando vuestra respuesta con tan graves razones y ejemplos, y lo que mas es, con clarísimos testimonios de la divina Escritura. Por lo cual ni acerca desto, ni de todas las demas preguntas que os he propuesto, tengo ya que preguntar ni que dudar. Aunque

tengo mucho por qué dar gracias á aquel Padre celestial, que por ministerio de vuestra doctrina ha dado luz á mi entendimiento, y consolado mi ánima, y confirmádome en la fe: la cual, ayudándome él, será mi adalid y mi guía, para ir á gozar de la bienaventuranza de su gloria. La cual tiene él prometida á los que siguiendo

esta guía tan cierta, caminaren derechamente por la senda de sus santos mandamientos. Cuyo nombre sea para siempre bendito, pues yendo yo tan descaminado, me volvió á la carrera de la verdad; y á vos dé el galardón de la luz y doctrina que aquí me habeis dado.

FIN DESTA CUARTA PARTE.

[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, mostly illegible.]

[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, mostly illegible.]

QUINTA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

LA CUAL ES UN SUMARIO DE LAS CUATRO PRINCIPALES PARTES QUE SE TRATAN EN LA DICHA INTRODUCCION.

Añadióse un tratado de la manera de enseñar los misterios de nuestra fe á los que se convierten de los infieles.

AL SERENISIMO SEÑOR PRINCIPE ALBERTO,

ARCHIDUQUE DE AUSTRIA, CÁRDENAL DE LA SANCTA IGLESIA ROMANA, LEGADO DE LATERE APOSTÓLICO, Y GOBERNADOR DE LOS REINOS Y SEÑORIOS DE PORTUGAL (*).

TIENE V. A. con su acostumbrada benignidad y clemencia tan captivos los corazones de todos los que le conocen, que no pueden dejar de tener grande deseo de servirle, y gran cuidado de suplicar á nuestro Señor le dé largos dias de vida para bien y consolacion destos reinos de la corona de Portugal. Y entre estos que llamo captivos, me tengo yo por uno de ellos; y tanto mas, quanto mas conocimiento tengo de las grandes virtudes que nuestro Señor puso en la real persona y ánima de V. A. Y deseando yo (para cumplir con este mi deseo) hacer algun servicio á V. A. no hallé otro, sino ofrescerle aquí el postrer parto de mis trabajos pasados; que no sé si por ser el postrero, es mas querido que los otros, conforme á lo que está escrito del sancto patriarca Jacob: el cual queria mas á Josef, que á los otros sus hijos, por haberlo engendrado en la vejez (a). Es este libro la quinta parte del libro llamado INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FE, y es summario de las cuatro partes precedentes dél; pero de tal manera es summario, que tiene muchas consideraciones acrescentadas, que despues se han ofrescido. Y aunque la doctrina y materia deste summario principalmente pertenesce á la fe, que es la perfeccion de nuestro entendimiento; pero tambien se ha tenido intencion á mover la voluntad al amor y temor de nuestro Señor, y guarda de sus santos mandamientos, que es el fin de todas las escripturas cristianas.

Reciba pues V. A. con su acostumbrada benignidad este pequeño presente, para que si las muchas ocupaciones del gobierno no le dieren tanto lugar para leer en esotro libro mayor, pueda leer en este mas pequeño la substancia de lo que aquel mayor contiene: cuya Serenísima persona y estado nuestro Señor prospere con largos dias de vida, parabien comun deste reino, y de toda la Iglesia cristiana.

AL CRISTIANO LECTOR.

DESPUES de acabadas, cristiano lector, las cuatro partes de la INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FE (donde se trata de las excelencias della, y de los principales misterios que en ella se contienen) pareció necesario hacer esta recapitulacion y summario de lo contenido en ellas, para que así se pudiese mejor retener en la memoria lo que allí difusamente se trata. Y será necesario advertir aquí primeramente la orden que en este summario seguimos; y esta es la misma que guardamos en las cuatro partes que aquí se recapitulan. Porque en la primera parte de aquel libro mayor seguimos la orden que en toda buena doctrina se guarda: que es proceder de las cosas fáciles á las dificultosas, y de las claras á las oscuras, y de las mas conocidas á las menos conocidas, y finalmente de las cosas que se alcanzan por la lumbré natural de la razon, á las que se alcanzan por la lumbré sobrenatural de la fe, que es mas alta. Y porque entre las que se alcanzan por lumbré de razon, la primera á nuestro propósito es, que hay Dios: esto es, un supremo Señor y gobernador deste mundo; y que él por la soberanía de su grandeza, y por la muchedumbre de sus beneficios debe ser legitimamente venerado, estas dos cosas se tratan brevemente en la primera parte deste summario: la cual corresponde á la primera parte de nuestra INTRODUCCION.

Tras esta primera parte entra luego muy á propósito la segunda: que es probar claramente que esta verdadera religion y veneracion que á Dios se debe, es la cristiana; y que fuera della ninguna hay que sea verdadera y agradable á Dios.

(*) Esta dedicatoria se halla en la edicion de Salamanca del año de 1585, por los herederos de Matias Gast. (a) Genes. 37.